

UNO

La primera vez que vi cómo se jugaba la ouija fue en *El Exorcista*, cuando la pequeña Reagan encontró en una buhardilla un tablero que le permitió conversar con el diabólico «Capitán Howdy». Tanto me gustó aquella pizarra barnizada del color de la miel, que en la Navidad de 1973 me pedí uno de esos artilugios para invocar a los difuntos. La «tabla parlante» fue patentada en 1890 por Elijah Jefferson Bond, quien al morir legó los derechos de la *planchette* a su empleado William Fuld. Fuld se asoció con Charles Kennard –propietario de Kennard Novelty Company– y juntos la comercializaron a partir de 1901 bajo el nombre de Ouija Board. Ignoro si Chesterton la conoció bajo ese nombre, aunque en su *Autobiografía* (1936) admitió haberla utilizado: «Mi hermano y yo solíamos jugar a la brújula o a lo que los americanos llaman mesas de *ouija*; pero creo que éramos de los pocos que jugábamos solo por el placer de jugar. Sin embargo, no desoía la advertencia de quienes decían que jugábamos con fuego, incluso con fuego del infierno»¹. En 1966 los herederos de William Fuld vendieron la patente de la ouija a Parker Brothers, los célebres creadores de juegos de mesa como Risk, Trivial y Monopoly. Mi ouija era una tableta de Parker Brothers *in all English* donde decía «Yes» en lugar de «Sí», y por eso me llevé un disgusto enorme cuando llegué a España en 1985 y descubrí que todo el mundo jugaba a la ouija garabateando las letras y los números a mano en una hoja sin nombre arrancada de un cuaderno espiral cuadrulado. Creo que para invocar espíritus legales hay que usar un tablero original y que la descarga de fantasmas piratas debería estar perseguida.

DOS

A mediados de los años 90 tuve que abandonar la redacción de mi tesis doctoral de historia porque jamás disfruté de ninguna beca y en cambio tenía familia a plazo fijo

¹ G.K. Chesterton (2003: 90), en *Autobiografía* [traducción de Olivia de Miguel], El Acantilado, Barcelona.

e hipoteca numerosa. ¿Qué podía hacer con todo el material que había recopilado en los legajos de los archivos de la Inquisición y en los expedientes de canonización del Archivo Secreto Vaticano? La floresta de beatas, herejes, confesores galantes y monjas que luchaban a pelo contra los demonios era tan tupida y rocambolésca, que decidí componer un libro de cuentos que titulé *Inquisiciones Peruanas* y que entre 1994 y 2007 acumuló cuatro ediciones incorregibles y aumentadas. La idea era encontrar el tono de un narrador capaz de compartir los apetitos de los reos sin dejar de avergonzarse por sentirlos, como cualquier psicoanalista lacaniano numerario del *Opus*. Entre aquellas narraciones interpolé citas textuales de los documentos del Santo Oficio, consignando la signatura y el archivo de procedencia. Craso error. ¿Cómo me atrevía a trivializar el oscurantismo religioso de la Inquisición? ¿De dónde había sacado tanto disparate sexual? ¿Acaso me había propuesto ser un escritor posmoderno por la vía del escándalo? Marx dijo alguna vez que la historia se repite primero como tragedia y más tarde como farsa. La Inquisición es una institución tan historiada y estudiada, que ya no hace falta recrearse en su lado trágico y funesto, sino en todo lo que ofrece de cómico y melodramático. Para mí, la Inquisición fue la CIA erótica de una civilización barroca, que so pretexto de velar por lo teológicamente correcto se especializó en lo sexualmente incorrecto. Nació como un tribunal siniestro, pero se extinguió como juzgado folklórico. No obstante, su lado tenebroso, totalitario, misógino y vesánico permanece tan incrustado en el imaginario, que nadie relacionó mis *Inquisiciones Peruanas* con esos programas de televisión que sólo invitan a hechizados, visionarios, sicalípticos y charlatanes que encima cobran por ir a los platós para responder las mismas preguntas que en el siglo XVII formulaba un inquisidor.

TRES

El 23 de agosto de 1971, en el número 5 de la Calle Real de Bélmez de la Moraleda, doña María Gómez descubrió que alguien la miraba desde el suelo de su cocina justo cuando le estaba echando el azafrán a un potaje de verano que llevaba berenjena, calabaza, tomate, pimentón y unos andrajitos de bacalao. Aquella fue la primera manifestación del fenómeno esotérico más célebre del siglo XX español, pues los misteriosos rostros crecieron como jaramagos por toda la vivienda mientras miles de curiosos y peregrinos se acercaron hasta Bélmez. Y como ni el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ni la Sociedad Española de Parapsicología, ni el programa

«Cuarto Milenio» consiguieron explicar el origen de aquellos ectoplasmas, el ayuntamiento decidió expropiar el inmueble para construir una casa museo. Y aunque la comunidad científica andaluza puso el grito en el cielo cuando supo que la Unión Europea, la Diputación de Jaén y el Ayuntamiento de Bélmez pensaban invertir cerca de un millón de euros para difundir psicofonías y proyectar fotos de los fantasmagóricos rostros, la corporación socialista primero y la de Izquierda Unida después, defendieron con uñas y dientes el proyecto del Centro de Interpretación de las Caras de Bélmez, porque ningún científico reaccionario tenía derecho a negar la existencia de unos fenómenos paranormales que atraían turistas y creaban puestos de trabajo. Sin embargo, en cumplimiento de la Ley de Memoria Histórica en 2008 el Ayuntamiento de Bélmez mandó borrar la teleplastia conocida como «La Pava», que unos atribuían a Franco y otros a un combatiente del bando Nacional². ¿Y si las caras no pertenecían a brigadistas o soldados republicanos? La duda comenzó a corroer al alcalde socialista, sobre todo desde que el hermético Iker Jiménez demostró por televisión los parecidos entre algunas de las caras y las víctimas de la matanza del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza³, aunque la corporación confía en que bajo el Centro inaugurado en 2013 exista un cementerio árabe, como las tumbas indias de la película *Poltergeist*⁴.

CUATRO

En el año 2001 publiqué mi primera novela, *Libro de mal amor*. Me interesaba el contrapunto de mi «mal amor» con el «buen amor» del arcipreste, de manera que el «mal amor» no fuera el amor truncado por la desdicha, el infortunio o la tragedia. Para mí el «mal amor» tenía que ser sinónimo de buen humor y por eso el «mal amor» de mi novela no venía del amor no correspondido sino de los amores no correspondientes. Por eso me atreví a ser autobiográfico y en *Libro de mal amor* relaté diez de mis fracasos amorosos más espectaculares –he tenido muchos más, pero no quise presumir– para demostrar que el «mal amor» es garantía de buen humor y que la ausencia de éxitos amorosos se compensa con fracasos humorosos. Fue un completo desastre. ¿Cómo se me ocurrió que las malandanzas de un huevón que no se come ni media rosca podían ser

² Ver <http://yamato1.blogspot.com.es/2008/12/el-noticin.html>

³ Ver <http://luzdeuncandil.blogspot.com.es/2012/10/las-caras-de-belmez-el-analisis-critico.html> y http://www.elistas.net/lista/el_esceptico/archivo/indice/151/msg/177/.

⁴ Rafael Galiano Puy asegura haber localizado un cementerio cristiano bajo la casa de las caras. Ver <http://www.maginasurinformacion.com/cambil/2218-entrevistarafaelgalianopuy.html>.

interesantes o divertidas? O peor todavía: «¿Tú crees que después de haber escrito tantas cochinas en *Inquisiciones Peruanas* nos vamos a creer que eres mosquita muerta?», me reprocharon. Mi sentencia fue un antirrefrán que no llegaba a ser un antipoema: «Dime de lo que careces y te diré de lo que presumes». En realidad, vivimos una era poco romántica donde se liga menos aunque se folle más, y así lo verosímil es lo excesivo, lo abrumador y lo desmesurado. Giacomo Casanova, por ejemplo, fue un pichiruchi que apenas sedujo a 122 mujeres en toda su vida. Nada comparado con las 200 amantes del actor Anthony Quinn, las 700 del futbolista Antonio Cassano, las 1.000 del cantante Bertín Osborne, las 1.500 que el periodista Andrew Morton le atribuye al Rey Juan Carlos I, las 2.700 del *playboy* dominicano Porfirio Rubirosa o las más de 3.000 que recuerda Julio Iglesias. No obstante, como la credulidad no tiene límites, el actor Warren Beatty proclamó en 2010 haber tenido 12.775 amantes «sin contar *quickies* y rozamientos» entre los 20 y los 55 años, lo cual arroja una cifra de 365 amantes por año durante 35 años. Por lo tanto, los ligues de Warren Beatty no cabrían en el estadio del Eibar aunque llenarían las tribunas del campo del Rayo Vallecano, pero mi *Libro de mal amor* no dice la verdad y además es mentira.

CINCO

En España se publican decenas de miles de libros al año –60.219 en 2012 y 56.435 en 2013– y existen más de tres mil premios literarios repartidos por toda la geografía nacional, siendo los más conocidos y mejor dotados el Planeta, Biblioteca Breve, Nadal, Primavera, Heralde y Alfaguara, por no hablar del Cervantes y de toda la constelación de premios de poesía. Sin embargo, el escritor no existe fiscalmente para Hacienda porque carece de epígrafe dentro del registro del Impuesto de Actividades Económicas, vulgo IAE. Lo descubrí cuando quise darme de alta como trabajador autónomo y comprobé que hasta las profesiones más extravagantes se encuentran muy bien definidas para Hacienda, como «Adiestradores y domadores de perros» (IAE 9794), «Acupuntores y Naturópatas» (IAE 841), «Embalsamadores» (IAE 9791) o «Artistas de circo» (IAE 018). ¿Por qué no existe un epígrafe que contemple la actividad del profesional dedicado a la creación, la reflexión y la crítica literarias? Los amables funcionarios de Hacienda pusieron a mi disposición un amplio abanico de posibilidades. Por ejemplo, como muchos escritores dirigimos cursos de verano podía elegir «Organización de congresos, asambleas y seminarios» (IAE 9892) y como todos

los escritores corregimos galeradas también podía darme alta en «Composición de textos» (IAE 4752). Recuerdo que me ofrecieron el epígrafe de «Humoristas, caricatos, excéntricos y recitadores» (IAE 016) y que lo rechacé rotundo porque no soy recitador. Buscamos entre las actividades artísticas que contemplan los epígrafes del IAE y el remedio fue peor que la enfermedad, pues me chocó saber que los futbolistas (IAE 041), los árbitros (IAE 048) y los boxeadores (IAE 044) también son artistas para Hacienda, incluidos los matadores de toros (IAE 051) y los rejoneadores (IAE 052). Lo más cercano a la condición del escritor era el epígrafe de «Monosabio» (IAE 053), aunque más por mono que por otra cosa. En el colmo del disparate revisamos los epígrafes del sector del libro y descubrimos aterrados que el epígrafe 966 del IAE lo comparten «Bibliotecas, Museos y Zoológicos». Entonces quise bromear comentando que seguro los escritores estaríamos igual que los adivinos y echadores de cartas y me respondieron que de ninguna manera, porque el epígrafe de los «Astrólogos y similares» es el IAE 881. Han transcurrido muchos años desde que me di de alta como trabajador autónomo, pero confieso que se me antoja fascinante navegar por internet para saber todo lo que cabe en el epígrafe 881 del IAE, pues los «Astrólogos y similares» tienen unas webs que podrían ser los portales de acceso a «La Dimensión Desconocida» o a la Zona Negativa de los 4 Fantásticos. Así, por el IAE 881 cotizan los santeros, los nigromantes, los tarotistas, los brujos, los chamanes, los zahoríes, los maestros de vudú, los yerbateros, los pasadores del huevo, los quiromantes, los arúspices, los médiums, los encantadores, los profetas verdaderos, los anománticos, los videntes y los exorcistas sin consagrar. Y lo más paranormal es que todos aceptan tarjetas, emiten facturas, se quejan del intrusismo laboral y reclaman la creación de un colegio gremial o profesional, mismamente como el que tenemos los escritores, que sin embargo carecemos de epígrafe fiscal. Por cierto que no he revelado todavía cuál es el mío. Aquella mañana estuve dudando hasta el final entre dos opciones: «Construcción de toda clase de obras» (IAE 507) y «Artefactos flotantes» (IAE 3714). Y como vivimos en una era líquida y los Iwasaki venimos del budismo zen, elegí el artefacto que flota como las pinturas del *ukiyo-e* japonés.

SEIS

En el año 2005 publiqué *Neguijón*, novela que toma su título de un gusano imaginario que según la mentalidad barroca (o la dentalidad barroca) taladraba las muelas

y corrompía los cuerpos. Me interesaba explorar el dolor físico en una época donde no existían ni anestésicos, ni analgésicos, ni antibióticos, porque entonces con la fe era suficiente y porque la religiosidad barroca impregnaba de magia, milagro y disparate a la ciencia, la medicina y la historia natural. Por último, quería que *Neguijón* fuera una novela cervantina, un homenaje a la lectura en los tiempos del Siglo de Oro y un juego literario sobre la escritura del *Quijote*. Y como todos los personajes, todas las citas y todos los títulos convocados eran reales, me permití añadir al final un *dramatis personae* histórico, así como una «Biblioteca del Neguijón», para que se pudiera apreciar mejor la trama de ficción que tejí con las urdimbres de la realidad. ¡Otro fracaso! ¿A quién le interesaban en el siglo XXI las dolencias y aprensiones de los siglos XVI y XVII? Nuestra era es la era de los trasplantes, de las células madre, de la neurociencia y de la nanocirugía. ¿Cómo se me ocurría escribir sobre los dolores del barroco, abolidos por la ciencia, la tecnología y la medicina? Yo pensaba que el dolor de muelas del siglo XVI podía ser asumido por los lectores del siglo XXI y por eso descarté los dolores de parto, hemorroides y cólicos nefríticos, para no excluir a ningún doliente de forma arbitraria. Pero está claro que debí seguir mis intuiciones de padre de dos hijas felizmente ya mayores, a quienes previne de adolescentes contra la falsía de un achaque barroco que ha llegado pimpante hasta nuestros días. Me refiero al dolor de huevos, achuchón que sobreviene después de una erección insatisfecha porque la hombría no se puede aguantar. ¿Por qué durante más de 500 años millones de manganzones han tratado de hacerle creer a las chicas que si no hacen lo que les piden pueden morir entre feroces retortijones? El primero que afirmó que las partes genitales se levantan por instinto –*ex naturae instincto*– fue Galeno de Pérgamo, quien influyó en San Agustín cuando el obispo de Hipona sentenció que el hombre era incapaz de controlar sus erecciones: «Esta pasión de que ahora tratamos lleva consigo una vergüenza tanto mayor cuanto el espíritu ni se domina a sí mismo eficazmente en ella para no deleitarse en absoluto, ni tiene pleno dominio sobre el cuerpo para que sea precisamente la voluntad y no la pasión la que excita los miembros vergonzosos»⁵. Y como la medicina y la teología fueron una misma cosa durante siglos, aparecieron libros como el *Thesaurus Pauperum* (1474) de Pedro Hispano –médico, teólogo, lógico, físico y metafísico– donde el autor sostenía que el amor no era una enfermedad de los testículos sino del cerebro, y cuyo único remedio –si dolían los testículos, no el cerebro– era el coito, a ser posible con un ser amado. En esta obra impagable y

⁵ San Agustín (libro XIV, cap. 23: 3), en *Ciudad de Dios*.

reeditada docenas de veces por toda Europa, Pedro Hispano dió una serie de recetas para «fomentar el coito» y mantener la erección, que lo convirtieron en el Boston Medical Group del barroco. A saber, embadurnar los riñones y los testículos con una pomada de bayas de laurel, zumo de satirión, musgo y vino. También recomendaba beber una onza de médula de leopardo diluida en agua con testículos de tejón y testículos de zorro. Según Pedro Hispano, los testículos del ciervo y del toro, así como la punta de la cola de una raposa acrecentaban la pasión de las mujeres, quienes alcanzaban gran deleite si el pene del amante era untado con hiel de jabalí. ¿Y cómo romper un maleficio amoroso? Pedro Hispano proponía un antídoto que incluso en nuestros días sería muy eficaz: untar heces frescas de la persona amada en el pie derecho del amante a primera hora de la mañana, quien al olfatearse quedaba «desamarrado». A pesar de haber sido muy conocido en toda Europa como médico y teólogo, Pedro Hispano es mejor recordado como el Papa Juan XXI, único pontífice portugués de la historia, aunque algunos estudiosos aseguran que era catalán. ¿No es inverosímil que desde fines de la Edad Media muchos individuos creen que la pinga tiene razones que el corazón no entiende y la cabeza repudia? Pues no, lo inverosímil era insinuar que en el barroco creían que los gusanos picaban las muelas. Se ve que en lugar de hablarles sobre el dolor de dientes, los críticos prefieren que les pongan los huevos largos.

SIETE

En mayo de 1986 el Dalai Lama tuvo una visión inspirada por un palpito del Lama Zopa, quien visitando el templo budista de Las Alpujarras había advertido –como Goku, Vegeta o Son Gohan– la energía del Lama Yeshe, fallecido en 1984. La visión del Dalai Lama lo confirmó: el Lama Yeshe había reencarnado en un niño granadino de catorce meses, quien debía ser trasladado al Tíbet de inmediato porque ese era su *karma*. Me inhibo de recordar nombres propios, pues los protagonistas de esta historia viven y sus peripecias no han concluido todavía, mas sí quiero expresar mi perplejidad por la credulidad de unos padres que aceptaron que su bebé era el Lama y así dejaron que se lo llevaran al Himalaya unos monjes que caminaban en chanclas sobre la nieve y que viven de lo más desabrigados en la cima del mundo. Menos mal que el Dalai Yeshe decidió renacer dentro de la misma comunidad budista de Las Alpujarras, porque si se le hubiera

ocurrido reencarnar en el churumbel de una familia gitana del Albaicín, ahora mismo el Tíbet no sería de la China sino del Sacromonte.

OCHO

En España hay más de tres mil premios literarios, aunque la mayoría sean más municipales que literarios porque las bases son tan extravagantes, que exigen que las tramas, los personajes y las localizaciones de la ficción coincidan con los términos municipales de los ayuntamientos que los convocan y ¡ay! de los concursantes que se les ocurra siquiera nombrar al pueblo de al lado. A pesar de esos inconvenientes, algunos escritores se han convertido en verdaderos profesionales de los concursos y viven divinamente ganando todos los premios posibles, como alguna vez admitieron grandes autores como Félix Palma y Juan Manuel de Prada e incluso latinoamericanos como Luis Sepúlveda y Roberto Bolaño, quienes reconocieron haberse presentado a más de un premio de cuentos con el mismo relato.

Fascinado por las estrategias literarias de mis compañeros escribí *España, aparta de mí estos premios* (2009), un libro de cuentos donde el mismo relato se transforma siete veces para ganar siete premios distintos, adaptándose a las bases de cada concurso. No obstante, para darle un fundamento real a mis historias decidí que todas tuvieran como protagonistas a japoneses sumergidos en las más profundas tradiciones culturales de Andalucía, Cataluña y El País Vasco, basándome en conocidos *chefs*, toreros, jesuitas o bailaoras flamencas del Japón, comenzando por Jack Shirai, brigadista nipón que cocinó para la tropa del batallón Lincoln y que murió en una trinchera durante la batalla de Brunete. Yo no quería burlarme de los premios, ni de España, ni de los japoneses. Más bien, la única caricatura fue la que hice de la «sociedad del espectáculo», esa banalización progresiva que ha convertido la realidad en *reality show*, la política en concurso, las ideas en anuncios y la sociedad civil en audiencia. Pero nadie me creyó. Mi libro fue presentado como una burla infecta, fui acusado de recochinearme de los premios literarios y encima me echaron en cara inventarme a un japonés para ridiculizar la guerra civil. Al parecer, a ciertos lectores les parecía correcto que los brigadistas hubieran sido húngaros, americanos, franceses o canadienses, pero mentar a un japonés se les antojaba una broma de mal gusto. Y que conste que hay japoneses que bailan flamenco con todo el aire de Jerez, que hablan catalán con todo el aire de Rupit y que cocinan –nunca mejor dicho– con todo el aire de

Ferrán Adriá. Pero lo que me ha cubierto de oprobio para siempre es el éxito de la serie española *Águila Roja*, donde un encapuchado –mezcla del *Zorro* y el Kwai-Chang-Caine de *Kung Fu*– usa una *katana*, emplea el *karate* en la lucha cuerpo a cuerpo y lanza dardos como un *ninja* en la España de 1660. ¿Dónde aprendió *Águila Roja* a ser un *ninja* mesetario si los cristianos fueron expulsados del Japón en 1614? No importa. *Águila Roja* es verosímil, mientras que los *kirishitan* o cristianos escondidos durante 300 años sí son una tropa de inverosímiles.

NUEVE

Estoy de acuerdo en que la ficción no está obligada a decir la verdad sino apenas a narrar algo verosímil, aunque a mí siempre me ha interesado utilizar la ficción para que lo verdadero parezca inverosímil. Sin embargo, lo inverosímil no es suficiente para que algo sea fantástico en los términos planteados por David Roas, quien propone que lo fantástico debe provocar un conflicto entre lo imposible y nuestra manera de entender la realidad⁶. La irrupción de lo sobrenatural, por ejemplo, tampoco sería causa suficiente y necesaria para que una ficción sea fantástica, como hace más de treinta años proponían Todorov, Caillois o Alazraki.

Durante el Festival de Literatura Fantástica celebrado en Girona y Olot en abril de 2014, impartí una conferencia titulada «Del Bestiario Medieval al Microrrelato Fantástico», donde quise demostrar que el elemento fantástico de los bestiarios medievales se hallaba en la fastuosa y coruscante sexualidad de los animales glosados por los tratadistas, en oposición a la reprimida y más que probable zarrapastrosa sexualidad de las edades Media y Moderna de nuestra era. Por lo tanto, aquella sexualidad era fantástica –en todos los sentidos posibles– porque suponía un conflicto entre aquel sexo imposible y la forma como realmente se practicaba el sexo por entonces. Mi propósito en esta ocasión es reemplazar el sexo por el humor, pero voy a expresarlo mejor para que no crean que he venido a hablarles de autoayuda.

El humor en la literatura –y por supuesto en su forma más breve y vulgar: el chiste – crea una realidad autónoma e imposible, cuyo conflicto con el mundo real resulta suavizado por el pacto humorístico que existe entre los narradores y sus oyentes o lectores. Toda la obra de Enrique Jardiel Poncela nació de su extraordinaria capacidad

⁶ David Roas (2011: 30), en *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico*, Páginas de Espuma, Madrid.

para crear paradojas y mostrarnos el lado más inverosímil de la realidad. En sus *Seis propuestas para el próximo milenio* (1998) Italo Calvino nos exhortaba a renunciar a la gravedad y pesadez de la existencia, para conquistar la levedad y la frescura contemplando la realidad de otra manera: «así como la melancolía es la tristeza que se aligera, así el *humour* es lo cómico que ha perdido la pesadez corpórea y pone en duda el yo y el mundo y toda la red de relaciones que lo constituyen»⁷. ¿Habrá conflicto más brutal entre lo imposible y la manera de entender la realidad que poniendo en solfa al yo, al mundo y a la alfrombilla de ganchillo que los une?

Por eso el humor puede ser un elemento fantástico en la literatura, porque solo el humor es capaz de iluminar el lado más ridículo, cómico y estafalario de la realidad, precisamente para que los lectores entren en conflicto con esa realidad. Y es que el objetivo del humor no es hacer reír sino hacer pensar.

Todos mis libros de ficción se ocupan de temas que nadie considera divertidos – el desamor, el terror, el dolor físico, el erotismo, la inquisición y la impostura– pero que yo me he propuesto contemplar desde el humor. Por eso mi obra es homotextual, porque en cierta forma no he dejado de escribir la misma historia real inverosímil, aunque me consta que me iría mucho mejor si escribiera esa novela negra más verosímil que me pide mi agente literaria, donde un vigilante jurado reciclado en *chef* por culpa de un ERE, desbarata una trama financiada por el Club Bilderberg, que ordenó liquidar a la presidenta de una diputación provincial porque había descubierto una conspiración templaria que tenía como objetivo coronar como Rey al pequeño Nicolás.

⁷ Italo Calvino (2008: 34), en *Seis propuestas para el próximo milenio*, Siruela, Madrid.